

EL DIARIO MURCIANO

DIRECCION, CALLE DE VICTORIO, 53.—PRECIO DENTRO Y FUERA DE MURCIA, UNA PESETA AL MES.—NUMERO SUELTO CINCO CENTIMOS



EL SEÑOR

D. CLEMENTE GARCIA MARTINEZ HA FALLECIDO

DESPUES DE RECIBIR LOS SANTOS SACRAMENTOS
A LOS 73 AÑOS DE EDAD

R. I. P.

Sus desconsolados hijos D. Miguel, D. Alberto y D. José, hijas políticas Doña Juana Teresa Delgado, Doña Josefa Alemán García, Doña María Artes Olmos y Doña Carolina Sirera Ballester, hermana Doña María, hermano político don Juan Diego Sanchez, nietos y demás parientes;

Suplican á sus amigos encomienden su alma á Dios y asistan á su funeral y entierro que tendrán lugar en la iglesia parroquial de Ntra Sra. del Cármen en el día de hoy, el primero á las nueve de la mañana y segundo á las tres de tarde, por cuyo favor les quedarán eternamente agradecidos.

Murcia 19 de Febrero de 1907

Casa mortuoria: Alameda de Capuchinos.

No se reparten esquelas.

LA ENVIDIA

Pláticas de Cuaresma

Entre las imperfecciones con que venimos al mundo, la envidia sobresale y ocasiona daños gravísimos.

El estímulo y la envidia se parecen extraordinariamente y sin embargo nada tienen de común. Con el estímulo se realizan grandes empresas, se perfecciona la humanidad y se llega al pináculo de la gloria ó la fortuna, y con la envidia sólo se logra una vida cruel para el que la siente y obstaculizar la dicha ajena.

La envidia es una carcoma ó polilla que corroe nuestra alma

desde los primeros años, semilla venenosa que esteriliza los mejores impulsos del corazón llegando hasta atrofiar á este.

Es como la mala hierba que se apodera de la sustancia y vida de la madre tierra y la deja sin alimentos y fuerzas para que el grano depositado en el surco brote, tome lozanía y fructifique.

La persona que siente desarrollarse en toda su plenitud la envidia, su vida transcurre dentro de las mayores y más negras torturas; porque busca la felicidad y no la encuentra, sólo es dichosa con el mal ajeno, con las penas y tristezas, se alimenta como el negro cuervo de carne pútrida y muerta y

la felicidad y la alegría de los demás le estorba, le mortifica.

Además vive en la penumbra porque el que alimenta tan mala pasión no puede demostrar el goce que experimenta con la desgracia de los demás, ni la mortificación que sufre al ver á los dichosos á los que suben por cima de ellos; todos los sentimientos que la envidia le hace sentir, tiene forzosamente que ocultarlos en los más recónditos pliegues de su corazón.

Para poder apreciar todos los males que aparejados trae esa odiosa semilla, bastará al lector comparar cuán distinta es la vida del que ahogándola en flor, goza haciendo el bien, pro-

curando ayudar á los demás, sonríe al ver la felicidad ajena y flora al contemplar la desgracia que él no puede remediar y que remediaría si le fuera dable, haciendo así transcurrir su vida entre las hermosas flores de la caridad y del amor, al aire libre, sin recelos ni obscuridades, poseyendo la única felicidad que satisface por completo nuestra alma, la de hacer el bien y cosechando el agradecimiento, la flor más esquisita y delicada.

En cambio, el envidioso procura ser solitario, su deseo de disfrutar con el mal de los que le rodean no se satisface nunca, su conciencia les hace ver el mal derrotero emprendido, pero ésta no es suficiente á con-

tener los impulsos siempre mayores de la envidia, y en esa lucha satánica vive, se rota y muere sin gustar ningún placer desinteresado, sin saber reír el bien por el bien mismo, sin recibir las bendiciones de los demás, sin cariño, solo, como su alma sola y triste.

Hay, pues, que desechar tan mala pasión, funesta para el que la siente y funesta también para la humanidad, por que de corazones secos y marchitos nada puedo recibir ésta, y hay que desecharla y hacerla desechar porque los hombres y mujeres inútiles no cumplen su misión en la tierra, y por tanto, ni son respetados ni queridos, sólo conseguirán ser despreciados, temidos y odiados.

